

secreto de la región; la firmeza moral del pueblo vizcaíno apegado a sus creencias y a un estilo de vida esforzado, disciplinado y digno.

«El Barco de la Muerte» es una novela relativamente desasistida de unidad por la natural propensión que anotamos en el autor al relato corto. lo que se va reflejando en el personaje central Martínez el funerario, cuyo destino es un archipiélago vital con islas en Argentina, Brasil, Venezuela, Cuba y su pueblo a donde vuelve triste, descreído, un poco granuja. Ahí muere por obra y gracia de Zunzunegui que mata al toro de su novela con cierta torpeza forzada.

Nos parece que Zunzunegui escribirá todavía mucho; con lo hecho hasta ahora ha logrado un lugar personalísimo en las letras españolas de hoy que podrá llenar plenamente cuando una mayor experiencia acuda en su apoyo. —FERNANDO URIARTE.



CÁNTICO DE LA IMAGEN. Poesía de Humberto Zarrilli.—Ediciones Revista Meridión. Montevideo.

La Poesía uruguaya ha evolucionado enormemente con la huella abierta por los grandes poetas Rodó, Herrera y Reissig, Sabat Ercasty y Juana de Ibarbourú y otros talentos que han legado lo mejor de su producción a la Poesía Latinoamericana. Hemos recibido esta vez, un libro del poeta Humberto Zarrilli.

Poesía mística y humana, a la vez que ingenua de forma, nos da a conocer en su libro *Cántico de la Imagen*, que viene en una Segunda Edición aumentada y con algunos juicios críticos de los poetas uruguayos Julio J. Casal, C. S. Vitureira, Emilio Oribe, Manuel de Castro, etc.

Zarrilli coge melódicamente un hacinamiento de huesos baudelerianos para convertirlos en alas de palomas que vuelan pegadas al viento. Su fino canto, pulso entretenido, aflora a veces cristalino, a veces diverso:

«Ebrio del vino triste que embriaga a las estrellas,
me internaré en el mar».

Así con sonoridad, un tanto plañidera, nos canta su eternidad, como presintiendo la noche en la espesura del horizonte.

El poeta vuelve a veces como un Buen Pastor moderno, sus brazos hacia los niños, que han preocupado muchos de sus instantes y canta:

«Despojarme en las albas de serenos armiños
para correr descalzo con la aurora y los niños».

El poeta es de hablar claro, de imágenes sencillas, eternas, y sólo busca el contacto de la sombra con la luz, trepando la mirada a lo imposible.:

«Se me fueron los ojos.
Nadie el retorno para mí, ordene.
Nadie apronte cerrojos
ni el vuelo les cercene.
Ala y perfil de viento, les conviene».

Zarrilli suele caer, en pronunciamientos difíciles y sumerge el verdadero sentido poético de su verso, intercalando de vez en cuando, algunas palabras de poco sabor estético que dejan transformado al lector en un ser que del éxtasis cae al abismo donde no toca nunca el fondo. Es muy fácil también explicarse ese fenómeno, ya que generalmente él vibra en el aspecto romántico, sentimental en la mayoría de sus poemas y en el resto trata de convertirse en un plétora del misticismo, ahogando exordios y pronunciando frases conmovedoras, con imágenes resueltas, decisivas y claras, que repercuten en una retina que también podría ser garganta.

Sin embargo en lo que toca al Soneto, lo trata como casi

todos, con cierta finura que tiene un mayor porcentaje de rudeza, que no debe ser tal, salvándolo con las metáforas simples y las imágenes puras, que ha tomado, no como efecto especial, sino como concepción, diríamos, esencial para su obra.

Sobre Humberto Zarrilli, el poeta francés Jules Supervielle ha dicho:

«Vous connaissez l'art si difficile dans l'ineffable de choisir les mots, d'être un pur poète sans perdre contact avec l'homme».

FERNANDO PEZCA.

ALMA Y CUERPO DE CHILE, por *Luis Durand*. (Editorial Nascimento, 1947).

Nueve artículos, interesantes todos, forman este último libro del autor de «Mi amigo Pidén». A sus condiciones innegables de laborioso constante, une Durand, sin haber abandonado jamás esa posición que lo enaltece, un profundo cariño a todo lo nuestro. Copiar el índice es ya una prueba de lo que decimos: «Alma y cuerpo de Chile», «En torno al criollismo», «El país del patrón y del sirviente», «Aspectos de la literatura chilena en el siglo XIX», «El paisaje y el hombre», «La cañada y la cañadilla», «Elogio del terruño», «Las mujeres en las novelas de Blest Gana» y «Un niño de provincia llega a Santiago».

Entre esos artículos, el que se refiere al criollismo, nos parece interesante. Viejo tema de la crítica chilena, han apasionado a muchos, y no son pocos sus detractores decididos.

Durand toma, por supuesto, el bando de los defensores: pero los razonamientos que expone constituyen una franca condenación de casi toda la obra criollista chilena, especialmente